

EL TEMPLO DE ARTEMISA

Fue un templo ubicado en la ciudad de Éfeso, Turquía, dedicado a la diosa Artemisa, denominada Diana por los romanos. Su construcción fue comenzada por el rey Creso de Lidia y duró unos 120 años. Al igual que las otras maravillas, no fue incluida en la lista por su belleza o tamaño, sino porque se encontraba en los confines del mundo helenístico, lo que inspiraba un aire de misterio entre los griegos, y enfatizaba la grandiosidad del imperio de Alejandro Magno. El lugar del templo fue redescubierto en 1869 por una expedición del Museo Británico. Aún pueden verse varias esculturas y artefactos, aunque de la séptima maravilla del mundo solo queda en pie una columna.



EN ÉFESO SE VIVE LA RESISTENCIA CONTRA EL IMPERO PERSA

En la antigua ciudad de Jonia, a orillas del mar Egeo. El gran centro comercial del siglo VIII antes de Cristo, fue célebre por su templo de Artemisa, considerado una de las 7 maravillas del mundo antiguo. Fue evangelizado por san Pablo y la tradición afirma que allí murió la virgen. En su madurez Heráclito vivió la rebelión de las ciudades jonias contra la creciente presión del imperio persa de Darío I. Siglos más tarde el apóstol San Pablo escribirá una epístola dirigida hacia este pueblo.



San Pablo del Greco



LA FILOSOFÍA DE NIETZSCHE

En *Ecce homo* dice Nietzsche que él es el primer filósofo trágico y señala – dejando atrás siglos de metafísica y de ciencia – su parentesco con Heráclito: “Antes de mi no existía esta transportación de lo dionisiaco a un *pathos* filosófico: falta la sabiduría trágica – en vano he buscado indicios de ella Incluso en los grandes griegos de la filosofía los griegos anteriores a Sócrates. Me ha quedado una duda con respecto a Heráclito, en cuya cercanía encuentro más calor y me siento de mejor humor que en ningún otro lugar. La afirmación del fluir y del aniquilar, que es lo decisivo en la filosofía dionisiaca, el decir sí a la *antítesis* y a la guerra, el devenir, el rechazo radical Incluso del mismo concepto “ser” - en esto tengo que reconocer, bajo cualquier circunstancia, lo más afín a mi en lo que hasta ahora he pensado”.

Del diccionario Filosófico de Comte Sponville

Logos. La palabra, en griego, podría significar a la vez la razón y el discurso. Una palabra pero que sería la de razón o de verdad: el discurso verdadero o la verdad como discurso. ¿Lenguaje? ¿Razón? Más bien la unidad de los dos. Es lo que garantiza la persistencia, incluso en francés, del término: Hablar del *logos*, actualmente, equivaldría a decir que no existe lenguaje sin razón ni razón sin lenguaje. Si la razón no existiera antes del lenguaje e independientemente de él ¿Cómo habría podido darse el lenguaje? Dios, diría Spinoza, no habla no razona (no es un *logos*. No es un Verbo). Nada más racional, sin embargo, que este Dios. La verdadera lógica permanece muda: no *logos* sino *alogos*. Lógica del ser, onto-lógica. Al comienzo era la acción.

...Para leer la coordinación recomienda...
HERACLITO TEXTOS Y PROBLEMAS DE SU INTERPRETACION, de Rodolfo Mondolfo,
 Editorial Siglo XXI Editores, México.

EL LOGOS

Ciudad de Éfeso
 MMVIII - MMIX
 hdllogos.wordpress.com



UNIDAD EN LA DIVERSIDAD, DIFERENCIA EN LA UNIDAD

SUPLEMENTO DE FIOLOSFIA, COORDINACIÓN: XAVIER CORRO

AÑO 1, No. 3

Heráclito *El Oscuro* declara:

“NO ES POSIBLE BAÑARSE DOS VECES EN EL MISMO RIO”

- Heráclito: El sabio prestara oídos no a mí, sino a *El Logos*, y reconocerá que todas las cosas son una.
- El Arjé es el fuego: Heráclito afirma que el fuego es el principio de todas las cosas, declaro: “Todas las cosas se transforman con el fuego, y el fuego, con todas... todo fluye”
- Heráclito: Nos embarcamos y no nos embarcamos en los mismos ríos, somos y no somos.

Cuando contempla el mundo que lo rodea, Heráclito se da cuenta de que todo está en movimiento y afirma: “No puedes entrar dos veces por el mismo río, pues otras aguas fluyen hacia ti”. Y en efecto, si vivimos en el tiempo, si el tiempo transcurre en todas las cosas, nada es, en verdad repetible. Heráclito, sin embargo, no se contenta en afirmar que el movimiento existe. Quiere, más allá de esta constatación de hecho, encontrar una explicación de los orígenes del movimiento. Esta explicación se encuentra en una idea que, si bien parece tan sólo repetir la anterior, viene de hecho a clarificarla: si entramos y no entramos en las mismas aguas del río, es porque somos y no somos. El hecho es que si por una parte podemos pensar que somos, por otra, al ver nuestro pasado que ya no es, al pensar nuestro futuro que todavía no es, al pensar que el instante en que vivimos, esta frase que leemos deja de ser en el mismo momento en que la leemos, en verdad somos una mezcla de ser y de no ser, de ausencia y presencia, de pasado, presente y futuro. Y en los extremos de nuestra vida se encuentran los opuestos: vivir significa estar en el tiempo entre el momento de nuestro nacimiento y el momento de nuestra muerte. “Lo contrario es lo conveniente” porque de hecho estamos viviendo siempre entre estados opuestos.



Diógenes Laercio habla sobre la documentación que hizo sobre Heráclito: "Heráclito hijo de Bilsón, o, según algunos de Heración floreció hacia la olimpiada LXIX. Sentía en las cosas muy elevadamente, como consta en sus escritos."

Decía que Homero era digno de ser echado de los certámenes y de ser abofeteado, y lo mismo de Archiloco. Que los ímpetus de la injuria deben de apagarse más que un incendio, y que el pueblo debe defender las leyes lo mismo que los muros. Reprendió vivamente a los efesinos porque habían echado a su compañero Hermodoro, su bienhechor, diciendo: "Todos los efesinos adultos debieran morir, y los impúberes dejar la ciudad".

Jean Brun habla del filósofo efesino:

"No se trata tanto de saber qué es lo que justamente Heráclito nos ha querido decir, sino de *buscar lo que nos dice a nosotros*. Al lado de montañas de erudición vertidas al pie de los fragmentos de Heráclito... buscamos solamente pedir al filósofo del fuego alguna luz sobre el hombre de ahora que, reconociéndose en el hombre de antaño, vive a través del tiempo el eterno retorno de la condición humana".



Heráclito (der.) con su colega Demócrito en un cuadro del Maestro Rubens.

"Hay muchos indicios de que en los fragmentos de Heráclito se pueden encontrar los principios de la ética" Dijo Juliana Gonzáles.

El rey Darío le escribe al Efesino: deseando que el sabio griego le hablara de sus conocimientos, el rey de Persia le envió una carta invitándolo a su palacio.



Darío I, rey de Persia

HERÁCLITO MUERE AHOGADO EN ESTIÉRCOL:

A sus 62 años de edad el gran filósofo se enterró vivo bajo estiércol para tratar de aliviar una enfermedad que lo atormentaba.

Cinco Heráclitos a la historia:

Después del filósofo de Efeso Diógenes Laercio documentó otros cuatro homónimos en la antigua Grecia.

Heráclito Cristiano

¿Ríes, filósofo cornudo?
¿Qué sollozas, filósofo anegado?
Sólo cumples con ser casado
como el otro cabrón recién viudo

¿Una propia miseria haceros pudo
cosquillas y pucheros? ¿Un pecado es llanto y
carcajada? He sospechado
que es la taberna más que lo sesudo.

¡Que no te agotes tú; que no te corras,
bufonazo de fábulas y chistes
tal, que ni con los pésames te ahorras!

Diréis, por disculpar lo que bebisteis,
que son las opiniones como zorras,
que uno las toma alegres y otro tristes.

Francisco de Quevedo.

Heráclito

El segundo crepúsculo.
La noche que se ahonda en el sueño.
La purificación y el olvido.
El primer crepúsculo.
La mañana que ha sido el alba.
El día que fue la mañana.
El día numeroso que será la tarde
gastada.
El segundo crepúsculo.
Ese otro hábito del tiempo la noche.
La purificación y el olvido.
El primer crepúsculo...
El alba sigilosa y en el alba
la zozobra del griego.
¿Qué trama es esta
del será, del es y del fue?
¿Qué río es éste
por el cual corre el Ganges?
¿Qué río es éste cuya fuente es
inconcebible?
¿Qué río es éste

que arrastra mitologías y espadas?
Es inútil que duerma.
Corre en el sueño, en el desierto, en un sótano.
El río me arrebató y soy ese río.
De una materia deleznable fui hecho, de misterioso
tiempo.
Acaso el manantial está en mí.
Acaso de mi sombra
surgen, fatales e ilusorios, los días.

Jorge Luis Borges

Don De Heráclito

Pero el agua recorre los cristales
musgosamente:
ignora que se altera
lejos del sueño todo lo existente.

Y el reposo del fuego es tomar forma
con su pleno poder de transformarse.
Fuego del aire y soledad del fuego
al incendiar el aire que es de fuego
Fuego es el mundo que se extingue y prende
para durar (fue siempre) eternamente.

Las cosas hoy dispersas se reúnen
y las que están más próximas se alejan:
soy y no soy aquel que te ha esperado
en el parque desierto una mañana
junto al río irreplicable adonde entraba
(y no lo hará jamás, nunca, dos veces)
la luz de octubre rota en la espesura.

Y fue el olor del mar: una paloma
como un arco de sal ardió en el aire.
No estabas, no estarás,
pero el oleaje
de una espuma remota confluía
sobre mis actos y sobre mis palabras
(únicas nunca ajenas, nunca mías):
el mar que es agua pura ante los peces
jamás ha de saciar la sed del hombre.

José Emilio Pacheco

"Este mundo es una comedia para aquellos que piensan y una tragedia para los que sienten. Sólo así se entiende por qué Demócrito reía y Heráclito lloraba"

Declaro HORACE WALPOLE, IV conde de Oxford, político, escritor e innovador arquitecto británico. Creador de la novela gótica.



Quevedo y Heráclito

Por Octavio Paz

El núcleo central de los poemas "morales" es una colección de sonetos y salmos en forma de silvas: *Lágrimas de un penitente Heráclito* (1613). Muchas de las composiciones de esta serie figuran también en otra, probablemente escrita en el mismo año y que ostenta el título descomunal: *Heráclito cristiano y segunda Harpa a imitación de la de David*. Los culpables de esa confusión fueron el sobrino de Quevedo, don Pedro de Alderete, y su editor, José Antonio González de Salas. En su abono hay que decir que los dos últimos títulos se corresponden perfectamente. El Heráclito de Quevedo es el que llora y el David que imita es el de los salmos de contrición y arrepentimiento, en uno y otro caso: lágrimas de un penitente. En ningún momento Quevedo ve en Heráclito al filósofo del cambio; mejor dicho, desde la perspectiva de su época, cambio y movimiento no eran sino funestos accidentes del mundo sublimar, sujeto al tiempo y sus horrores: la decadencia, la enfermedad, el pecado y la muerte. Por eso Heráclito llora.

Nadie más alejado del Heráclito de Quevedo que el nuestro, filósofo de la energía y de la contradicción, simultáneamente hegeliano y marxista, nietzscheano y spengleriano. La sobrevaloración del cambio es moderada y está ligada a la aparición de la idea de progreso. Para Heráclito, como para toda la Antigüedad, el cambio no era valioso en sí; al contrario: era el síntoma o la consecuencia de

una carencia o imperfección original – la falta de ser- y el remedio para anularla. No todos los movimientos sino aquellos que, por una suerte de paradoja, logran abolirse o neutralizarse a sí mismos, es decir, los movimientos que imitan la identidad del ser, su perfecta coincidencia con él mismo. Uno de esos modos privilegiados del movimiento es, justamente, el heraclítico acorde de los contrarios. Otro, el platónico movimiento circular de los astros. La dialéctica de Hegel es sucesiva: es un proceso hacia síntesis cada vez más amplias y altas; las luchas y los abrazos de los contrarios de Heráclito son momentos recurrentes de discordia y concordia: una visión rítmica del universo. Entre la visión de Heráclito y la nuestra se han deslizado, primero, la noción de judeo-cristiana del tiempo unilineal y sucesivo; después, la concepción moderna de la historia como cambio creador: la sucesión temporal, sea evolutiva o revolucionaria, tiene un sentido y una dirección. Es una incesante conquista del futuro y se llama progreso.

La imagen que tiene Quevedo de Heráclito es la de la tradición, tal como la habían transmitido los clásicos (citas, fragmentos y anécdotas). Sus fuentes principales fueron, casi seguramente, Diógenes Laercio y Sexto Empírico. Digo esto porque son los autores antiguos más abundantemente citados en su ensayo sobre estoicismo. En ese ensayo, polémico como casi todo lo suyo, defiende también a Epicuro y, curiosamente, se apoya en los argumentos del escéptico del Señor de la Montaña (Montaigne). En las obras en prosa de Quevedo, por lo demás, el

nombre de Heráclito aparece sólo dos veces, la primera en una enumeración de filósofos paganos, la segunda, unido, como era costumbre, a Demócrito. Su Heráclito es del renacimiento y la Edad Barroca: un arquetipo del temperamento melancólico según lo describe Aristóteles en uno de sus *Problemas* (XXX). Entre melancólicos ilustres en las armas, Aristóteles cita a Hércules y Belofonte, entre los filósofos a Heráclito y Demócrito. Esta lista tuvo fortuna y llegó hasta el siglo XVII.

Para Quevedo y sus contemporáneos los dos polos o extremos del temperamento saturnino eran Demócrito, el filósofo risueño, y Heráclito, el gemebundo.

Esta división heredaba las elucubraciones de Marsilio Ficino sobre la dualidad del temperamento melancólico: el ensimismado y el furioso. Es una concepción que ha llegado hasta nuestros días y que el mismo Freud, tal vez sin darse cuenta de su origen, recoge y sistematiza en sus estudios sobre la dualidad complementaria: melancólicos y maniáticos.

La pareja de filósofos (Heráclito y Demócrito) le sirvió a Quevedo para, a la estoica, dictaminar en una de sus *Migajas sentenciosas*: "Séneca, que fue maestro de moralidad, sentía con Heráclito y Demócrito que todas las cosas de esta vida eran de reír o llorar". En los salmos y sonetos del *Heráclito cristiano*, cristianiza a la melancolía y al llanto del filósofo griego pero en un soneto burlesco la pareja filosófica aparece como objeto de escamio –no se sabe si es el vino o la filosofía lo que hace reír a uno y llorar al otro.

Los principios de la ética.

Heráclito

Por Juliana González

Hay muchos indicios de que en varios de los fragmentos de Heráclito pueden encontrarse los "principios" de la ética, en la doble significación de "principio" o *arché*: origen, comienzo (en el orden cronológico y también genético), por un lado, y, por el otro, "principio" como *fundamento*, base, elemento constitutivo, esencial y radical (en el orden estructural). En Heráclito se produce, en efecto (a veces en forma expresa, otras, apenas de modo incipiente e implícito), el nacimiento de la ética propiamente dicha. Así lo suelen reconocer muchos críticos y comentaristas, sobre todo a partir de W. Jaeger. Y a la vez, en los fragmentos heracliteanos puede encontrarse ciertamente una notable penetración en las características definitorias, realmente humana que es la *eticidad* esencial.

Pero, además, se trataría no sólo del inicio de la ética, entendida como disciplina o actividad *teórica* (como "filosofía moral"), que se separa reflexivamente de su "objeto" (la moralidad) para "verlo" con "objetividad" (*episteme*). Al mismo tiempo, se estaría produciendo el nacimiento de la ética como *praxis* efectiva, como práctica de vida o una manera de vivir; como una nueva forma de moral, que sería cifrada en la interioridad, la reflexión, la voluntad conciente de sí misma y la acción promovida por dicha voluntad. Pues sobre todo en la filosofía griega (lo mismo en Heráclito que en Sócrates o en Platón –y hasta Aristóteles), el desdoblamiento reflexivo entre la ética y su objeto no implica ruptura entre sí (ni teórica ni práctica). La reflexión genera *actitud* y una

actividad, y éstas son en ellas mismas reflexivas. Existe ciertamente una insoluble unidad entre la teoría y la *praxis* ética; una íntima y constante conexión entre el sistema teórico (descriptivo) y la derivación de éste, si no a un cuerpo normativo, sí al establecimiento de principios *morales* (valorativos y descriptivos), base de una moral filosófica.

En unos y otros aspectos, asimismo, más que una comprensión historiográfica que pretenda el entendimiento del filósofo de Efeso por él mismo, se busca aquí una posible "lectura" de Heráclito (guiada por el enfoque *ético-ontológico*) que permita iluminar los "eternos" problemas del fenómeno ético y que – como dice J. Brun – proporcione alguna luz sobre el hombre de ahora en su también eterna y a la vez temporal "condición humana".

Ética y ontología:

El destino ético hace del humano, ciertamente, un ser *posible*, contingente, virtual; capaz de ser así o de otro modo; capaz de ser o no ser. Particularmente, en la filosofía de Heráclito, el hombre tiene abierta una alternativa fundamental: puede vivir "despierto" o "dormido", y uno u otro estados son, por supuesto, éticamente diferentes:

Los que están despiertos tienen un mundo común, pero los que duermen vuelven cada uno a su mundo particular (idion).

El estado de vigilia, de alerta, de la *a-létheia* o verdad constituye en *ethos*, él mismo, en el sentido de una disposición o actitud radical, y de una efectiva "manera de ser". Ese "despertar" y "hacer experiencia" del mundo de que habla Heráclito no es una mera

operación intelectual o teórica (de conocimiento objetivo opuesto al subjetivismo de la simple y arbitraria opinión personal), sino una manera teórico-práctica, íntegra, de participar. El despertar es en Heráclito una operación de los sentidos (*aisthesis*) y de la razón (*logos, nous, phronesis*) simultáneamente. Involucra tanto un "ver", "oír", "conocer", como un "hablar" y "actuar". Es menara de *existir*: de estar despiertos en un mundo común. La verdad o *alétheia*, para Heráclito, superan la soledad, el estado literalmente "idiotista" en que viven "los mas" (*oi polloi*), el humano común, en el sentido del vulgo.

"Presentes, están ausentes."

Paradójicamente, el hombre "masa", el indiferenciado o no individualizado, *oi polloi*, el que "toma por maestra a la masa", no está en la realidad *comunicado*, sino al contrario, encerrado en su propio mundo subjetivo, metido en sí mismo, un su mundo particular "como si tuviera un pensamiento propio". La sociedad masiva no implica comunicación ni comunidad (*koinonía*), sino una aglutinación de sujetos iguales, uniformes, pero cada uno solitario, ensimismado, dormido, "idiotista" (*idiotés*). En consecuencia parece estar también presente en Heráclito la posibilidad inversa: los despiertos y comunicados – precisamente por la posesión de un mundo común, que es el mundo objetivo- son los que no tienen pensamiento "propio" pero están sí diferenciados, distinguidos, alejados, y ejercen su *logos* de manera activa, directa y autónoma: Es el hombre *autós* (sí mismo) y *aristos*, "el mejor", el que distingue y se busca a sí mismo; el que hace experiencia directa del mundo objetivo y común, con sus "propios ojos", los cuales "son testigos más que los oídos".

HERÁCLITO DE EFESO

(576a.C-450a.C)

Por Leopoldo Zea

En Heráclito de Efeso encontramos una de las primeras interpretaciones filosóficas del mundo griego. Los fragmentos de la obra de este pensador son uno de los primeros documentos de la filosofía que se han encontrado. Este documento se nos presenta, en primer lugar, como un ensayo de explicación total de todo lo existente.

Heráclito empieza diciendo: "Sabio es que quienes oyen, no a mí, sino a la razón, coincidan en que todo es uno". Lo importante es saber que existe sólo la unidad. Esta explicación acerca de la totalidad tiene su origen en lo que hemos llamado horizonte del hombre griego. Este horizonte es expresado por Heráclito con las siguientes palabras: "Nos embarcamos y no nos embarcamos en los mismos ríos, somos y no somos." (fragmento 1.) El horizonte que se presenta al hombre griego es el de un cambio continuo: todo cambia, las cosas y los hombres como una cosa más en el universo. En medio del cambio hay algo que permanece. Las cosas se presentan siendo múltiples, una cosa puede ser otras muchas; sin embargo, dice Heráclito, en medio de lo múltiple existe lo Uno, lo que unifica cuanto existe. Este Uno lo da a conocer la razón, lo cual dice, al que sabe oír, que sólo existe lo uno.

Ahora bien, este saber oír lo que la razón dice acerca del mundo, este saber oír que todo es Uno, es algo difícil. Para saber lo que permanece en medio del cambio hay que saber ver. Los instrumentos para conocer son los ojos y los oídos; hay que saber ver bien y oír bien.

"Malos testigos los ojos y los oídos para los hombres que tienen almas de bárbaros" (fragmento 4)

Esto dice Heráclito. El que no sabe ver y oír bien es semejante

al bárbaro; porque al igual que éste no podrá hablar claro, decir claramente lo que ve o lo que escucha, de aquí que sus ojos y sus oídos sean malos testigos. Los ojos ven y la razón dice que es lo que los ojos han visto, por esto hay que saber escuchar la razón. Los que no saben oír, "escuchando sin comprender se asemejan a los sordos: de éstos atestigua el proverbio que estando presentes están ausentes" (fragmento 3). El sabio es todo lo contrario, éste sabe ver y escuchar. Ve con mucha atención al mundo que los rodea, y con la misma atención escucha a la razón que le dice lo que es este mundo. En esta capacidad del sabio para atender se encuentra la diferencia entre éste y la masa: "La masa no se fija en aquello con que se encuentra, ni lo nota cuando se le llama la atención sobre todo, aunque se imagine hacerlo" (fragmento 5).



Heráclito en "La Academia de Atenas" de Rafael

El sabio tiene que estar frente al mundo en plena tensión, contemplando con cuidado el mundo que le rodea; al igual que el cazador debe estar siempre alerta en espera de que salte la presa. Tiene que aprehender, que captar lo Uno en medio de lo múltiple, lo que permanece en medio del cambio. Observando todo cuanto se mueve y escuchando lo que la razón le dice sobre lo que se ve. Ahora bien, dice Heráclito, esta situación de espera de lo inesperado, este tratar de captar lo Uno en lo múltiple, es difícil. Esto mismo

dirá Aristóteles al llamar a la filosofía una ciencia difícil.

Heráclito dice: "Si no esperas lo inesperado, no lo encontrarás, pues es penoso y difícil de encontrar." (Fragmento 7.)

Es difícil porque la naturaleza, es decir, lo que unifica, lo que forma lo uno en medio del cambio, se esconde. "La naturaleza ama el ocultarse" (fragmento 10), dice Heráclito. Sin embargo, no se oculta tanto que no se pueda saber nada de ella, es como "el Señor cuyo oráculo está en Delfos, ni dice, ni oculta, sino hace señales". Es decir, la naturaleza aunque oculta para los hombres, pues no habla su lenguaje, no lo está tanto que los hombres no puedan traducir el lenguaje propio de la naturaleza al lenguaje humano. La naturaleza habla con su ser, su modo de ser es el lenguaje de la naturaleza; con su modo de ser forma las señales que serán luego interpretadas. Hay que hacer con la naturaleza lo mismo que con el Dios de Delfos, traducir sus señales al lenguaje humano. La razón es la que se encarga de interpretar estas señales, dice lo que la naturaleza ha dicho en ellas.

Heráclito considera que el conocimiento es sólo posible si se sabe ver y oír bien. Ojos y oídos son los instrumentos del conocimiento. Sin embargo, puesto a elegir entre ojos y oídos, Heráclito nos dirá que "los ojos son testigos más exactos que los oídos", (fragmento 15.) El conocimiento se obtiene por vía directa, por los ojos; o por vía indirecta, por los oídos. Por el primer camino el hombre sabe directamente lo que las cosas son, por el segundo lo sabe también porque otro se lo dice. Para Heráclito es preferible ver las cosas que no oír lo que de ella se ha visto.

"La mucha ciencia no instruye la mente —dice Heráclito—, pues hubiera instruido a Hesíodo y a Pitágoras, como a Xenófanes y a Hecateo." (Fragmento 16.)

Heráclito está contra el mucho saber de erudición, el saber que se basa en lo dicho por otros, porque esto instruye poco. Lo que debe importar es la experiencia directa de la naturaleza, pues sólo así es posible captar de ella lo que importa, su unidad.

La naturaleza es vista por Heráclito como algo que es frente al hombre, existiendo tal como es, sin importarle que éste sepa o no cómo es ella. Sin embargo, como no le importa que el hombre sepa o no sepa cómo es, tampoco se oculta, simplemente es como es. Si el hombre quiere saber cómo es la naturaleza deberá estudiarla, ob-

servarla, ver cómo actúa, para luego traducir este su modo de ser al lenguaje humano: es decir con sus palabras lo que la naturaleza es con sus hechos. El hombre ve lo que la naturaleza es, y luego dice que es. Este traducir el lenguaje de la naturaleza al lenguaje de los hombres es el razonar. El hombre ve lo que es la naturaleza, la razón le dice que es lo que ve, le traduce en palabras lo que era en simples hechos. Una vez realizada esta operación, se puede decir a los demás hombres lo que la naturaleza es. El sabio, el hombre de la razón, hace de intermediario entre la naturaleza

y los hombres. Ahora nos damos cuenta de por qué Heráclito llama sabios al que sabe escuchar a la razón: porque la razón es la que va a decir al hombre lo que la naturaleza es, y de ella dice que es *Una*. El sabio ha visto la multiplicidad de la naturaleza, sus continuos cambios, es el testigo de los cambios; pero la razón le ha dicho a su vez lo que permanece en medio del cambio. Los ojos ven cómo son las cosas y la razón dice qué son. Hay una relación entre el ver y el decir, y esta relación es la que forma la manera de conocer del griego.

Los Filósofos Muertos

Por Simon Critchley

Tradicionalmente se conoce a Heráclito como el "filósofo melancólico", o "el oscuro". Según Plutarco, padecía terribles enfermedades. Todo lo que queda de se obra son 139 fragmentos. Algunos de ellos son tan crípticos como sugiere su apodo: "las almas tienen sentido del olfato en el Hades". Otros presentan coloridas ilustraciones de sus puntos de vista sobre la relatividad del juicio, tales como

"Los asnos prefieren la granza al oro" y "Los cerdos se lavan en barro, los pájaros en polvo y cenizas".

La causa de la melancolía de Heráclito era el comportamiento humano, y en particular el de sus conciudadanos de Éfeso. Como subraya el primero de los fragmentos que observamos, todo el mundo debería actuar según un *logos*, un término que significa algo parecido a una

ley, principio o razón de la existencia del universo. Sin embargo, la amplia mayoría de la gente no sigue un *logos*, sino actúa como si estuviera dormida y tiene tanta conciencia de lo que hacen como la que tienen los asnos que mascan granza. Heráclito se volvió tan misántropo que vagaba por las montañas y vivía de una dieta de hierba y plantas (no constan las habas). Por desgracia, esa malnutrición le provocó un edema y volvió a la ciudad para que le curaran. Fue precisamente esa cura la que le llevó a su fin, ya que pidió que le cubrieran de boñiga de vaca. Ahora bien, existen dos versiones sobre la muerte de Heráclito entre excrementos de vaca. Parece ser que Heráclito creía que esa medida expulsaría los malos humores de su cuerpo y secaría su edema.

En la primera versión la boñiga está aún húmeda y el filósofo melancólico se ahoga; en la segunda la boñiga está seca y él muere cocido al sol del Jónico.

(Hay una tercera versión ofrecida por Diógenes Laercio, que cuenta que los amigos de Heráclito fueron incapaces de retirar de su cuerpo la boñiga de vaca y, al quedar irreconocible, fue devorado por perros. Ello confirma el fragmento 97: "Los perros ladran a quienes no conocen". Por desgracia, también les muerden).



Un senil Heráclito nos hace reflexionar sobre su salud.